

México 1995: la cultura en crisis

I.

Un viejo epigrama nuestro dice que en México la conquista la hicieron los indios y la independencia, los españoles. Si en esto último en lugar de españoles ponemos criollos estaremos cerca de la verdad. Fueron los criollos quienes, arrebatados por los vientos de la Ilustración y puestos a fermentar por el programa reformista de Carlos III, dieron cuerpo a la ideología independentista. Dos de ellos, Carlos María de Bustamante y Lucas Alamán, pusieron los cimientos a los recuerdos del futuro, esto es, a la historia bifronte de la revolución de independencia. Según la versión canónica de la historia patria hubo una sola revolución de independencia. La coexistencia de las versiones de Bustamante y Alamán nos enseña, como apunta Charles Hale, que en realidad hubo dos.

La primera, o sea, la inflamada por Miguel Hidalgo y Costilla y exaltada por Bustamante, duró diez años y se desintegró en 1820. La segunda, defendida por Alamán como la auténtica, fue conducida por los mismos que habían combatido y fusilado a Hidalgo. En 1821, con su Plan de Iguala, Agustín de Iturbide proclamó el establecimiento en México de un imperio independiente pero en favor de Fernando VII, un gobierno monárquico, constitucional y moderado. Y como su religión oficial, la católica.

Una y otra tesis partían de sendas visiones encontradas sobre la esencia y génesis del país nuevo. Bustamante rastreaba sus raíces en el *imperio de Anáhuac*, «nuestro antiguo imperio azteca», destruido por unos conquistadores extranjeros. Proclamaba la necesidad de recuperar aquella soberanía por medio de un movimiento de independencia cuyo sentido sería el de «una reconquista». De ahí que muchos de sus adversarios hayan tachado su «neoindigenismo» de absurdo y anacrónico. La tesis de Bustamante,

como ha dicho Ernesto Lemoine, tenía por objeto animar un independentismo populista y una repulsa hacia cuanto significara el poder y el dominio peninsulares. O sea, apuntaba hacia un independentismo como el de Hidalgo y al que Alamán describía como «levantamiento de la clase proletaria contra la propiedad y la civilización».

Alamán puede haber contribuido al origen del dicho popular. Según él, la nación aparecida en 1821 (nafragado el movimiento de Hidalgo) fue «hechura de los mismos que hasta entonces habían estado impidiéndola», es decir, de los criollos. Venía a ser el resultado de la conquista del siglo XVI, guiada por principios hispánicos de autoridad, religión y propiedad. Escribía: «Yo no me he considerado nunca sino un español revelado». Por lo tanto, negaba la corriente «vulgar» de opinión, al parecer muy difundida en 1821, de que la independencia era un resurgimiento del Anáhuac, luego de tres siglos de opresión española. Y encontraba a Bustamante particularmente culpable del mito azteca.

II.

Las dos tesis sobre las dos revoluciones de independencia, fueron insignias adversarias en la prolongada guerra civil entre liberales y conservadores estallada prácticamente con el fusilamiento, en 1824, del autoproclamado emperador de México Agustín de Iturbide. Hoy día, 180 años después, las encontramos todavía fermentando disputas sobre el ser de México y en las banderas de grupos lanzados al combate con tal de imponer sus puntos de vista.

El autor de estas líneas tiende a coincidir con Alamán en cuanto a la vacuidad de pensar en nuestra nación como una retoma de algo que quedó en suspenso a la caída de Tenochtitlan. México es el resultado del choque y la fusión entre los españoles y las culturas indígenas, como en otras circunstancias Francia es producto de la conquista de las Galias por Julio César. El autor se considera discípulo de Américo Castro y ha atesorado las lecciones fundamentales de *La realidad histórica de España*. En cuanto a Bustamante, su posición fue asumida por una parte considerable del estamento criollo. En algún momento, estos miembros de la capa novohispana dirigente aunque relegada por los peninsulares a un segundo plano, al tomar conciencia de su cada vez más acusada singularidad frente a España, deseosos de apoyarse en algún precedente fundacional de orden histórico que legitimara sus pretensiones, decidieron exaltar la imagen del imperio azteca y sus reyes como su pasado propio. Sobre todo a partir de cuando se hizo evidente la decadencia de España a fines del

siglo XVII. El indigenismo de Bustamante, por otro lado, entreverado con el independentismo populista, debe haber perseguido la finalidad práctica de establecer un vínculo movilizador con los estamentos inferiores de la sociedad virreinal, cuya presencia ahora resultaba necesaria en los campos de batalla.

Sin embargo, no obstante la contraposición, hay una circunstancia que no se debe perder de vista: ambos pensadores, Bustamante y Alamán, son fervorosos independentistas; ambos apoyan un proyecto de nación acorde con sus intereses; los respectivos proyectos se nutren, entre otras doctrinas, de las expuestas arriba. Y esas doctrinas tenían fallas.

La falla de la doctrina de Alamán, por ejemplo, residía en lo que fue la sustancia del independentismo de Iturbide, es decir su conservadurismo, contrario a los principios de las Cortes españolas y la Constitución de Cádiz de 1812. De ese modo, se sumaba a la línea antiliberal, y por lo mismo antimodernista, que había impelido a Fernando VII a cancelar el trienio liberal de 1820-1823.

Bustamante, por su lado, es reo de haberse erigido en paladín de una visión que deformó la historia de México. Su tesis sobre el resurgimiento de Anáhuac después de tres siglos de opresión, habría de adquirir con el paso del tiempo casi la validez de un dogma y dio pie para que, todavía en el siglo XX, se rechazaran sistemáticamente el virreinato y la Nueva España como lo que fueron en verdad: la matriz donde se formó la nación mexicana.

Más aún, ni Bustamante ni Alamán registran el dato quizá capital de esa formación en esa matriz. Octavio Paz, en *Las trampas de la fe* ha escrito que «la verdadera *novedad* de la Nueva España» eran los mestizos. Más todavía, «eran aquello que la hacía no sólo nueva sino *otra*». En el virreinato, el mestizo, «verdadero paria», tenía como destino «las profesiones dudosas: de la mendicidad al bandidaje, del vagabundeo a la soldadesca». En los siglos XVII y XVIII el hampa se reclutaba entre los mestizos. En el siglo XIX los acogieron la policía y el ejército, y a partir de entonces, su ascenso, «carrera fulgurante: bandido, policía, soldado, guerrillero, caudillo, líder político, universitario, jefe de Estado». Apenas roto el molde virreinal, nuestros pensadores independentistas no estaban en condiciones de captar el giro de los tiempos.

La certera visión de Paz apenas ahora nos está volviendo sensibles a la manera cómo, a partir de la independencia, los mestizos, «merced a su arrojo, fortaleza, aguante, ingenio, soltura e inventiva» asumieron crecientemente la responsabilidad de la empresa y terminaron por constituirse en el eje de la construcción del país. Cuando por fin triunfan los liberales sobre los conservadores y el imperio de Maximiliano de Habsburgo y res-

tauran la república, los mestizos se han metamorfoseado. Su victoria es más que la afirmación de un sujeto histórico nuevo; es la aparición de un ser humano, el mexicano, ansioso de incrustarse en el horizonte de lo universal.

En el roce entre las dos tesis animadoras de las dos revoluciones independentistas, ambas de génesis criolla, la afirmación de la mentalidad mestiza significó un esfuerzo de resolución de las contradicciones. Es decir, además de la oposición entre las tesis genésicas, de las contradicciones estamentales y de castas incrustadas en la sociedad novohispana. La independencia no podía ser sólo política, sino también respecto de un viejo régimen de relaciones sociales. Sin embargo, esa resolución mestiza de contradicciones implícita en el triunfo final de los liberales, no pasaba ni por el triunfo ni por la derrota absolutas ni del punto de vista de Alamán, como tampoco del de Bustamante. Por el contrario, a la Restauración de la República, después del fusilamiento de Maximiliano, el régimen juarista echó a andar una política cultural que se ha ido revelando poco a poco como un esfuerzo integrador, en todos los órdenes, de lo que hasta entonces había aparecido antagónico. (Debo advertir, sin embargo, que no estoy proponiendo ningún proceso dialéctico: aquí se habla de *integración*, no de *síntesis*). Esta vocación integradora —que hoy me atrevo a calificar de característica de la inteligencia mestiza en México— subsistiría en el gobierno autoritario de Porfirio Díaz, en la filosofía de Gustavo I. Madero, en los *planes* de las facciones revolucionarias y en la sucesión de presidencias posteriores a la Revolución.

Dicho de otra manera, los liberales, verdaderos forjadores de la nación, tanto que, como dice Jesús Reyes Heróles, para ellos «nacionalidad y liberalismo fueron una misma cosa», aunque por venir de la trayectoria de Bustamante condenaban el pasado virreinal al que consideraban un largo paréntesis de opresión, tampoco parecían requerir para sus políticas de fórmulas populistas o vernáculos desprendidas de la convergencia —propiciada por el *antigachupinismo* independentista— entre los líderes criollos y las masas indígenas y mestizas.

III.

Las tres décadas siguientes al primer imperio (el de Agustín de Iturbide) fueron de convulsiones continuas debido a los cuartelazos y las luchas de facciones. A lo largo de este tiempo, o sea, más o menos hasta proclamada la Constitución liberal de 1857, como ha señalado el investigador Agustín Basave Benítez, el liberalismo en general hizo caso omiso de la población